

tas eruditos; mas perdieron al propio tiempo no poca de su antigua fuerza y energía, y comenzaron, ya desde principios del siglo XVII, á ostentar tan extrañas galas y atavios, que desposeídos de su natural llaneza, cayeron al fin envueltos en la ruina total de las letras. Era esto inevitable consecuencia de las condiciones á que se sometieron: de forma popular que fueron en casi toda la edad media, se habian hecho eruditos, y no siéndoles posible sostener aquel tono contrario á su índole y á sus orígenes, se hundieron en los mayores desvarios. Los *romances pastoriles*, representando la omnimoda influencia del arte toscano-latino en la literatura española, forman pues una especie de paréntesis en la historia de la poesía popular, si bien manifiestan, aunque siempre de un modo indirecto, el estado de servidumbre á que habia venido el pueblo castellano.

Cuando consideramos que en la misma época en que los leones de España rugian al par en las márgenes del Álbis y del Orinoco, llenando ambos mundos con la fama de sus proezas, enmudecen los antiguos *juglares de boca*, abandonando á los vates eruditos sus antiguos héroes y sus más caras tradiciones; cuando contemplamos que aquel digno instrumento que en los pasados siglos habia servido, ora para ensalzar las hazañas y las virtudes, ora para acusar á los cobardes y á los traidores, entregándolos á la execración pública, no podia ya revelar lo que estaba acaeciendo en uno y otro hemisferio, fuerza es convenir en que algo fatal habia sucedido en España, anunciando un próximo y terrible rompimiento entre todas las clases que apiñadas antes en torno de un solo estandarte, formaban un solo pueblo. Pero este divorcio que se vislumbra en los *romances pastoriles*, por la negacion de todo sentimiento patriótico, aparece ya realizado al examinar los que han merecido nombre de *vulgares*.

VII.

Mientras se apoderaban los eruditos, segun queda insinuado, de las antiguas crónicas é historias para dar pábulo á su imaginacion, procurando al mismo tiempo resucitar los *romances históricos* (que habiendo dejado virtualmente de existir, cuando se es-

cribieron, sólo podian renacer en el teatro), hacia la musa popular los últimos esfuerzos para sostener en la literatura castellana su desquiciado imperio. Pero habia ya cambiado lastimosamente el aspecto de la nacion española, siendo en consecuencia de todo punto inútiles aquellas laudables tentativas: la importancia alcanzada por el pueblo español respecto del Estado, durante la época de la reconquista, merced á la necesidad de su sangre y de su oro; la constitucion municipal ganada á costa de inauditos peligros; la facilidad que le dieron las armas para escalar riquezas y gerarquias por el camino del heroismo; la nobleza misma, que despertando su estímulo y rivalidad, le conducia é impulsaba en la senda de la gloria..., todo habia desaparecido ante su vista, cayendo sobre su frente la mano de hierro del despotismo, acariciado y defendido por la teocracia. Aquel pueblo que peleando *pro aris et focis*, es decir, por su Dios y por su patria, logró al cabo de ocho siglos restituir á la última su independenciam, arrancando del poder de la morisma los profanados altares de sus padres, sólo tenia ya el triste recurso de correr á extrañas regiones para sacrificarse á la ambicion y orgullo de sus reyes, ó el de volar al Nuevo Mundo en busca de oro.

Cerrados todos los caminos que le llevaron al engrandecimiento y poderio; dominado por el fanatismo que alimentaba á sabiendas la opresora sagacidad de la Inquisicion; avezado á las escenas de horror y de sangre con los *autos de fé*, tan repetidos en las más nobles ciudades de la monarquia; y por último, apartado para siempre de aquella aristocracia que habia en gran parte salido de su propio seno, rompió la antigua alianza establecida con ella en medio de los combates; y reconcentrándose en sí mismo, sólo aspiró á vivir dentro de su propia esfera, desdeñando las hazañas de los nobles, porque no le era dado ya prohibirlas. Entregado en tal manera á sus maleables y torcidos instintos, consagró su amor y su cariño á otro género de héroes, extraños hasta entonces á la poesía castellana; héroes con quienes le ligaron por último las mismas creencias, sentimientos y costumbres; pero cuyo origen era la liviandad, cuya educacion el crimen, y cuyo fin el cadalso. Hé aquí pues cómo nacieron á mediados del siglo XVII los *romances* apellidados *vulgares*, postrera degeneracion de los históricos,

bien que destinados, como ellos, á revelar el estado de la nación española.

Hundida esta en ciego fanatismo religioso y dolorosa servidumbre política, no podía por cierto aquel pueblo de generoso aliento y pecho independiente, recordar sin honda pena sus holladas y perdidas libertades, cayendo en fin en la abyección más profunda, al contemplar el abismo en que yacían sus antiguas glorias. Sin esperanza alguna de mejorar su fatal suerte, y sin más luz que la de las hogueras del Santo Oficio, cerró sus ojos al grito del fanatismo, y humilló su cerviz á la opresión, única fórmula del estado social, empeñándose torpemente en el sendero de la perdición y del crimen. No otra cosa era dado representar á la poesía, cultivada por un pueblo, convertido ya en ignorante vulgo; y como los *romances* que toman de él su nombre debían, para ser fieles á su propio origen, poner de relieve la postración moral y política, á que le había conducido el triunfo omnimodo del elemento teocrático, tuvieron por especiales caracteres el *fanatismo* y la *opresión* y por musas predilectas la *ignorancia*, la *inmoralidad* y el *embrutecimiento*. Era por tanto su principal asunto el *crimen*: sus *héroes* los bandidos y los malhechores: las hijas desnaturalizadas y livianas, que abandonaban el hogar paterno, para provocar por gala toda clase de escándalos, sus *heroínas*. Los ahorcados, los condenados, las almas en pena, las ánimas benditas y hasta los santos formaban, digámoslo así, la máquina y ajuar de estos peregrinos poemas, donde las más irreverentes y absurdas supersticiones aparecían en monstruosa amalgama con los sagrados dogmas del cristianismo. Gozaban de más popularidad los héroes más impíos y sanguinarios; recogían más larga cosecha de aplausos aquellos que más brutalmente escarnecían la ley y la justicia; y sin embargo todos se acogían, ya al atravesar su pecho el acero ó el plomo vengador, ya al poner el pié en el cadalso, á las devociones de su infancia, juzgando lograr de este modo la salvación eterna.

Tal fué, pues, la poesía popular que tuvo España desde mediados del siglo XVII, poesía que encierra la única protesta que era hacedero formular á la muchedumbre, al doblar el cuello á la opresión sin defensa alguna. Su espíritu penetra al cabo en el

teatro nacional, y encuentra apoyo en la pluma del inmortal Calderón: la *Cruz en la Sepultura*, consagrada por este ingenio á presentar la eficacia de la penitencia (lo cual había intentado antes Tirso de Molina en *El condenado por desconfiado*), abrió el camino á multitud de producciones, donde como en *La charpa más prodigiosa*, *El Guapo Julian Romero* y otras muchas comedias del mismo corte y jaez, se vieron ensalzados los valentones y perdonavidas, desterrado ya el sentimiento de hidalguía que había caracterizado los héroes de la escena española. Inficionado así el teatro que debía su existencia á los *romances históricos*, fuente inagotable de grandes inspiraciones, murió á manos del *romance vulgar*, fuente fecundísima de monstruosidades y de crímenes. Y no otra debía ser la suerte de entrambos géneros de poesía: el teatro y los *romances*, barómetros de la vida del pueblo en una edad, en que sólo se había dejado este camino para manifestar sus sentimientos y sus opiniones, revelaron enérgicamente el estado miserable de la España de Carlos II. Pero los romances y el teatro cumplían, al morir, con la ley que les había dado existencia ¹.

VIII.

Resumiendo cuanto llevamos dicho, observaremos: 1.º Que los *romances históricos* constituyen una de las primitivas formas lírico-históricas de la poesía española, apareciendo á nuestra vista como un hecho espontáneo, en que se refleja igualmente la creen-

¹ Como han notado los lectores, nos hemos limitado á señalar los principales caracteres de cada uno de los géneros indicados, más bien por comprobar cuanto expusimos respecto de las formas externas de este linaje de poesía popular (y aun á riesgo de anticipar algunas ideas y noticias) que para formalizar aquí el estudio de esta notabilísima parte de nuestra historia literaria. Para los lectores que libres de todo sistema preconcebido, sigan el desarrollo de las aplicaciones que ofrecen dichas formas métricas, no serán indudablemente un misterio sus orígenes y su nacionalidad, y se maravillarán sin duda de que se haya extraviado la crítica de tan doctos varones, como han intentado hacernos tributarios de otras literaturas respecto de estos sencillísimos metros. Adelante fijaremos históricamente su representación sucesiva en el arte y en la civilización española.

cia religiosa y la creencia política de nuestros mayores, dándonos á conocer al propio tiempo su heroísmo: 2.º Que los *romances caballerescos*, sin apoyarse ni en los sentimientos ni en las costumbres del pueblo castellano, recibieron sólo un cultivo pasajero, á pesar de ser más dramáticos y novelescos que los *históricos*: 3.º Que los *moriscos* son, digámoslo así, la idealización de los *históricos*, refundido ya el elemento arábigo en la poesía cristiana, la cual recibe con esta brillante adquisición esplendor inusitado: 4.º Que los *romances pastoriles* representan en la poesía popular el triunfo alcanzado por la toscano-latina sobre la erudita, contribuyendo á perfeccionar la forma, al paso que pierden no poca parte de su nativa sencillez y energía: Y 5.º que los *romances vulgares*, entre los cuales pueden comprenderse también los de *germania*, etc., aparecen como el fruto más sazonado del sistema político, inaugurado en su provecho por Felipe II, y exagerado por el poder teocrático, con mengua de la nación y vilipendio del trono, durante el reinado de Carlos II. Por esto los *romances vulgares* ponen de manifiesto la abyección y aniquilamiento del pueblo español, desde mediados del siglo XVII en adelante.

Los *romances castellanos* considerados bajo el aspecto filosófico, revelan, pues, en su grandioso y vario conjunto una religión, una historia y una poesía: una religión, porque cobijados por el genio del cristianismo, encierran el sagrado depósito de las creencias de un pueblo, que en la tenaz lucha de ocho siglos logra acrisolar su fé, salvándola al cabo de los peligros y asechanzas de la duda: una historia, porque abrazando la grande época de la reconquista y dilatándose hasta el siglo XVIII, nos presentan en sorprendente panorama la infancia, la juventud, la virilidad y la decadencia de la nación española: una poesía, porque reflejando todos los sentimientos y todas las costumbres de ese mismo pueblo, nos manifiestan la ardiente y constante aspiración de nuestros mayores al heroísmo, que los conduce al triunfo en la tierra y les brinda en el cielo con la eterna bienandanza.

No de otra suerte forman los *romances castellanos* la verdadera epopeya española. Sometidos á las condiciones de toda poesía, de todo arte, dominan en ellos, durante su primera edad, *la fé* y el *sentimiento*, arrullando la infancia del pueblo cristiano, por-

que los pueblos, como los niños, necesitan alrededor de su cuna quien los aduerma y consuele en sus congojas y amarguras: más tarde, brillan por medio del *sentimiento* y de la *erudición*, que se muestran en ellos en agradable consorcio, dando á conocer los nuevos adelantamientos y mayor cultura de nuestros antepasados: despues sólo resaltan por las galas externas de la erudición artística, poniendo de relieve la revolución clásica, ya consumada en la literatura española: por último, todo caduca, todo desaparece y muere en ellos, manifestando la gran ruina de las letras, de las artes y de la política. Aquella musa designada hoy por muy distinguidos historiadores con el nombre de «virgen de la poesía castellana»¹, en su niñez, cree y narra candorosamente; en su juventud siente y pinta; en su edad madura describe y narra con singular artificio; en su ancianidad se hace docta, y sólo describe; en su decrepitud, delira.

Y cuando bajo tantas relaciones logra la poesía popular el privilegio de revelar la vida entera de la nación española, cuando nadie puede disputarle la palma de la originalidad ¿cómo hacerla tributaria de otras literaturas respecto de sus fáciles y sencillas formas?... Repitámoslo, para terminar este estudio: fuera de la natural y lógica imitación de los cantos latino-eclesiásticos, cuyo contacto habitual con el pueblo cristiano hemos reconocido por tantos senderos, sólo descubrimos contradictorias teorías, que por excluirse mutuamente, traen consigo su propio descrédito. Ocasión se ofrecerá adelante de volver la vista á esta importante materia².

1 Puiusque, *Hist. comp. des litt. espagn. et franç.*, tomo I, cap. II.

2 Conveniente juzgamos observar aquí que hemos fijado nuestras miradas con toda preferencia en los *romances* que tienen por instrumento el verso de ocho sílabas (*quaternario*) ó de diez y seis (*octonario*), segun lo escribieron Nebrija en el siglo XV, Salinas en el XVI (véase el *Apéndice II*) y en nuestros días Grimm, Dozy y otros. De advertir es que el asonante sirve también de ornamento á otras combinaciones métricas populares durante la edad media, como forma tan natural y espontánea de nuestro parnaso. Así hallamos por ejemplo en los *romances tradicionales* de Asturias el muy gracioso *de don Bueso*, de que logramos dos diferentes versiones en nuestro viaje á dicho Principado, y empieza (*Poesía popular de España*, págs. 24 y 25):

Madrugó don Buso
Una mañanita,
Por tierra de moros
A buscar amiga, etc.

Así también entre los cantares, recogidos al comenzar del siglo XVI por nuestros escritores de *música*, aquel tan bello y delicado, de que volveremos á hacer mención, que comienza:

Yo me yua, mi madre,
A Villarreal:
Errára el camino
En fuerte logare, etc.

Pero estos romancillos de seis y siete sílabas sólo toman incremento, en nuestro juicio, á fines del siglo XV, siendo muy cultivados en el XVI por los poetas doctos, quienes ensayan también la asonancia, sometiéndola á la misma ley, en los versos de cinco sílabas. Por esta razón, aunque del todo no están fuera del cuadro que en esta *Ilustración* trazamos, no nos hemos detenido á considerarlos, cual formas tan genuinamente populares como el *romance* octosílabo, del cual decía el clásico Salinas: «Hispaniae copulae, sic enim vocantur quae dicuntur *artis regiae* (de arte real), octo syllabarum omnium usitatissimae, narrandis historiis et fabulis aptissimae: qualis illa (lib. VI, pág. 307):

Canta tú, cristiana musa,
A cauallo vá Bernardo, etc.

Et in historicis:

ILUSTRACION V ¹.

SOBRE LOS REFRANES, CONSIDERADOS COMO ELEMENTO DEL ARTE.

SU INFLUENCIA EN LA POESIA POPULAR.

I.

Cuando después de examinar cómo pierde el idioma del Lacio su antiguo predominio sobre la muchedumbre, quedando reducido á la categoría de lengua muerta, nos paramos á considerar el constante empeño de las hablas vulgares por apoderarse de todos los elementos de cultura preexistentes á las mismas, no puede menos de llamar nuestra atención lo que fueron y debieron ser en aquella remota edad los *refranes*, *adagios*, *verbos*, *palabras*, *retraeres*, *enxemplos*, *fabiellas*, *proloquios* ó *proverbios* del vulgo (que con todos estos nombres fueron durante la edad media designados). Bajo tres diferentes aspectos se ofrecen al estudio de la crítica: 1.º bajo la relación de la lengua: 2.º bajo la de la forma artística: 3.º bajo la de la doctrina. En todas estas relaciones se halla interesada la historia de las letras, porque en todas descubrimos abundantes vestigios del camino, que estas hicieron desde el momento en que la poesía popular formula los

¹ Dimos á luz en la revista de Berlín que lleva el título de: *Jahrbuch für Romanische und englische literatur* (número perteneciente á los meses de octubre á diciembre de 1859) el presente estudio, haciendo constar que correspondía á este segundo tomo de la I.ª Parte de la *Historia Crítica*. La expresada revista, grandemente estimada en toda Europa, aparece bajo la dirección del muy entendido don Fernando José de Wolf, tantas veces citado.